

Clara presencia en el recuerdo

No hace mucho registramos una conversación con Laura de los Ríos, para el segundo volumen de la trilogía *Mujeres de España*, sobre su madre doña Gloria Giner, hija de don Hermenegildo, hermano menor de don Francisco Giner, fundador de la Institución Libre de Enseñanza en 1876. ¡Qué ajenas estábamos a que esos recuerdos suyos iban a servirnos para su propia semblanza, tras su inesperada y sentida muerte ocurrida en diciembre del año pasado.

Con sus padres, doña Gloria y don Fernando de los Ríos, llegó a Granada el espí-

ritu humanístico de la Institución Libre de Enseñanza, basado en unos métodos pedagógicos revolucionarios. La Institución fomentó la formación cultural de la mujer con la progresista y por entonces «escandalosa» coeducación. Para tener idea del progreso que supuso en nuestro país la de la Institución, recordemos que en Francia no se crean los colegios y liceos de señoritas hasta 1882 (Ley Séé) y, hasta el año siguiente no se establece en Finlandia, la primera escuela mixta hasta el bachillerato. Sean las palabras de Laura las que nos acerquen a su mundo.

LAURA DE LOS RÍOS

ANTONINA RODRIGO

MI madre nació en Madrid, en 1886, un poco por casualidad, porque su padre, mi abuelo

Gildo, era catedrático del Instituto Balmes en Barcelona. Los catalanes le dedicaron a mi abuelo una lápida en el instituto, pero cuando entró Franco la destrozaron. Mi abuelo siempre quiso ser catedrático de Instituto, porque como auténtico institucionista espiritual, aunque la Institución no funcionaba todavía a pleno régimen, creía que era más importante educar a los niños que hacer enseñanza superior. Mi madre hizo sus estudios en Barcelona. Me contaba con horror que la sentaban en el estrado, al lado del catedrático, porque era la única niña del instituto. Hizo el bachillerato en Barcelona y luego estudió y se graduó en Madrid. Fue una de las cinco muchachas españolas de la primera promoción de la Escuela Superior de Magisterio, hoy Facultad de Pedagogía. Otra fue María de Maeztu.

A. Rodrigo.—¿Tus padres eran primos?

L. de los Ríos.—Sí, pero no se conocían. Hacia el año 1910, un día le presentaron a mi madre a un primo segundo o tercero y se enamoraron. En su casa había oído hablar de él, porque el tío Francisco era su maestro y mentor. Pero sobre todo había oído siempre comentarios elogiosos a la valentía de mi tía Fernanda, su madre, que al quedar viuda con vein-

tinieve años y tres hijos pequeños, se dijo: «Yo no quiero que mis hijos se queden en Ronda y sean unos señoritos de pueblo, sin estudios.» Pidió consejo a Francisco Giner, primo de su marido y le dijo: «Venite a Madrid.» Y mi tío se convirtió en tutor

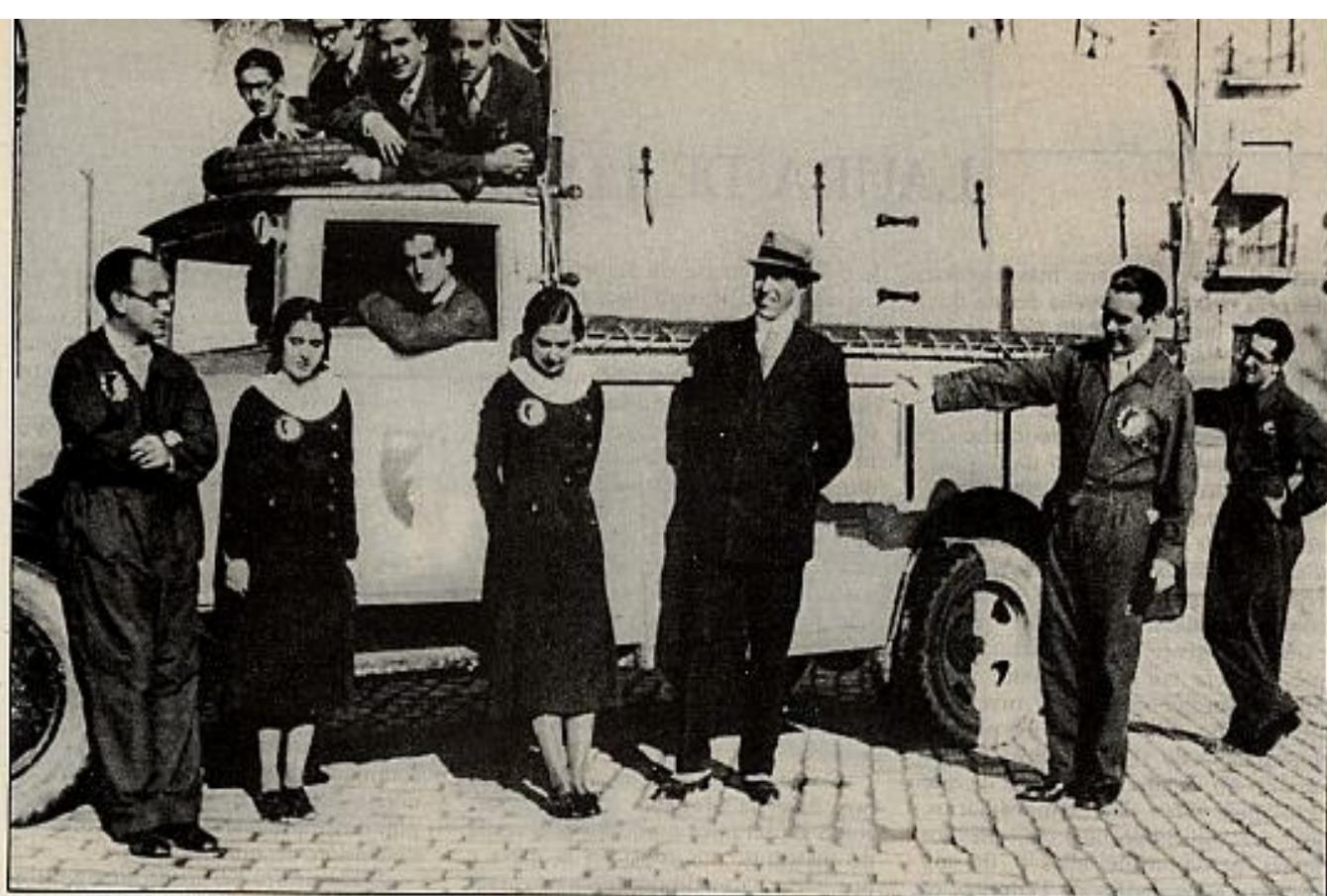
de mi padre que era el mayor. Le buscaron un puesto de escribiente en la Tabacalera y alternando estudios y trabajo hizo Derecho. Al terminar la licenciatura, mientras preparaba el doctorado, impartió clases en la Institución Libre de Enseñanza, junto a Cossío, Azcárate, Salmerón... Después completó sus estudios en Inglaterra y, posteriormente, la Junta para Ampliación de Estudios le pensionó en Alemania, donde siguió cursos en las universidades de Berlín, Magdeburgo y Jena. Allí entró en relación con los compañeros que, posteriormente, integrarían la «Generación del 14». En marzo del año 1911, tras unas oposiciones, tomaba posesión de la Cátedra de

Derecho Político de la Universidad de Granada y al año siguiente se casaban. Mi madre acababa de ganar la plaza de profesora de Geografía e Historia de la Escuela Normal de Granada. Y al año siguiente nacía yo.

—Sobre todo en los comienzos, no fue



Doña Gloria Giner y su hija Laura.



Federico García Lorca presenta a Pedro Salinas, a Eduardo Ugarte y a varios actores de *La Barraca*; a ambos lados de la puerta del camión *Laura de los Ríos* e *Isabel García Lorca*, actrices de *La Barraca*.

fácil la vida de tus padres en aquella Granada, en la cual, diría Federico García Lorca, que se agitaba «la peor burguesía de España». Por un lado estaban sus ideas políticas y por otro su actitud religiosa...

—Sí. La gente, digamos de su clase, los marginó. No se trataban nada más que con los extranjeros que venían recomendados de fuera. Desde un principio contaron con una amiga, doña Berta, una mujer alemana, de costumbres libres, dueña de la casa donde vivían en El Salón, mujer muy bella e inteligente, que los «prohijó». Eso sí, hubo un respeto en la ciudad, un respeto deseoso de encontrar faltas. «A ver dónde meten la pata, que nosotros podamos meter la garra.» Pero mi madre era una señora de arriba abajo, que nunca dio qué hablar, nada más que bien, por su delicadeza, sencillez y respeto a todo el mundo. Y lo mismo ocurría con mi padre, aunque decían: ¡Es un chalado, estar con el pueblo, con los socialistas! Y lo que fue después de la fundación de la Casa del Pueblo. Lo trataron de loco, de maniaco. Un traidor a su clase, como decían siempre.

—¿Cómo era su vida?

—Mi madre asistía cada día a sus clases. La Normal entonces estaba detrás de la Audiencia, en una calle detrás de la plaza Nueva. Algunos días mi abuelo iba a por ella. Por la tarde preparaba sus clases y ayudaba

a mi padre. Traducía del alemán, lengua que le había enseñado mi padre y una profesora alemana en Granada. También traducía del francés, que conocía muy bien, y del griego y el latín. ¿Tú sabes que mi madre hizo la primera traducción de Maragall, del catalán al castellano? Amorosa e intelectualmente mis padres fueron un matrimonio muy bien avenido. Siempre preocupados por viajar, por conocer mundo, y estar informados de todo lo que ocurría en el mundo. Las vacaciones siempre las pasábamos fuera de España o en Madrid, donde mis padres daban clases en la institución.

—En Granada tu padre no se limitó a la actividad de su cátedra, sino que entró en contacto con el movimiento obrero...

—Sí y colaboró también en el Centro Artístico, del que fue presidente, ayudando a toda esa corriente artística de los años veinte, que como sabes fue muy importante. Fundamentalmente ayudó a la juventud. Allí encontró a Federico —García Lorca— e inmediatamente le llamó la atención. Lo conoció como pianista. Porque Federico empezó a dar conciertos en el Centro Artístico y en seguida se dio cuenta de qué clase de chico era. Le dijo: ¿por qué no viene usted a casa?, le daré algunos libros. Y empezó a venir a casa, a buscar libros, a hablar con mi madre y mi padre. Y mi padre es el que luego convenció al suyo para que le permi-

tiera irse a Madrid, a la Residencia, en 1919, donde llegó con una carta para Juan Ramón. Un día Federico me dijo: Yo tengo una hermana que es un poquito mayor que tú y podéis ser amigas. Federico trajo a Isabel a mi casa, que era su hermana chica, para que nos viéramos, y ya hasta hoy, siempre juntas, como hermanas. Yo tendría seis o siete años e Isabel un par más que yo. Yo no tenía amigas. Los padres de los niños no querían que sus hijos se trataran con la hija de un socialista. Era algo así como ser hija del demonio. Sólo Isabel y los niños de la portera, que subían a mi casa a jugar conmigo. Más tarde los hijos de don Fernando Sáinz, inspector de Primera Enseñanza, que llegaron a Granada después de mis padres. Eran gente liberal y también Pilar Almagro, que, aunque iba a un colegio de monjas, que padre la traía alguna vez a casa.

—Yo he oído en Granada contar cosas de la «leyenda» que rodeaba a tu casa, después de tantos años. Como aquella increíble de que a la entrada tenais en el suelo una alfombra con una cruz para pisarla necesariamente cada vez que entrabais o saliais...

—¡Qué barbaridad! En mi casa ha habido siempre un gran respeto por la religión, la que fuera. Mira, te voy a contar una cosa, para que te des cuenta del talante que se respiraba en mi casa. Mi abuela materna, mujer de mi abuelo Gildo, siguió practicando

LAURA DE LOS RIOS

su catolicismo, que era más estético que otra cosa, como buena artista que era. Pues bien, yo, desde niña, le he oído decir cada domingo a mi abuelo: «Ya es hora de que te vayas a misa. Si eres católica, debes cumplir como católica.» En este ambiente de tolerancia extraordinaria, de respeto mutuo, de armoniosa convivencia, he crecido yo,

—*Y tú qué pensabas de tu abuela practicante, de tu abuelo y padres ateos, de tu amiga católica? Porque los Lorca eran creyentes y practicantes. ¿Para ti no fue nunca una situación conflictiva?*

—Mucha gente me ha dicho: pero qué infancia tan difícil, pobre niña. Pero la verdad es que yo tuve una infancia muy feliz y nunca me planteé el problema de si mis padres tenían razón o no. Estaba convencida de que eran unos seres tan extraordinarios, que no me importaba lo que los demás pensaran de ellos y de mí. Respecto a los padres de Federico, es verdad que eran religiosos y conservadores, pero al mismo tiempo muy abiertos, muy liberales. Entiéndeme, no es que hubiera una relación grande entre nuestras familias cuando éramos amigas, pero el hecho de que dejaran que Isabel fuera amiga mía, demostraba su gran liberalidad. Isabel hizo la primera comunión, yo no, porque mi padre dijo: Cuando seas mayor, tú decides, si quieres hacerla o no, pero a sabiendas de lo que haces.

—*Entonces, ¿no te bautizaron?*

—Sí, por mi abuela. Verás, la abuela Fernanda, la madre de mi padre era una mujer muy católica, y auténtica. Era una mujer extraordinaria. La otra iba a la iglesia por lo estético, pero ella era una católica de arriba abajo. Y para ella fue casi como una petición lo de mi bautismo y mis padres accedieron. Estoy bautizada en Granada. Después acabó. Yo no me he casado por la Iglesia, ni hice la primera comunión, ni nada de nada.

—*¿Y no tuviste influencias en ese sentido en el colegio?*

—No fui al colegio. Mi primera maestra fue mi madre; con ella estudiamos desde chicas Isabel y yo. Porque mi madre dijo: Al colegio de monjas no voy a mandar a mi hija, y como en Granada no había otro, pues a estudiar en casa. Como no le gustaba la idea de que yo estudiara sola,

le dijo a la madre de Isabel si quería dejarla estudiar conmigo, en casa. Y nos puso entonces unas que entonces se llamaban las señoritas, que eran unas alumnas suyas, que nos daban clase cuando mi madre no podía, sobre todo de matemáticas y ciencias. El bachiller lo estudiamos en el instituto de forma oficial, en donde ya había muchas chicas. Después pasamos a la Facultad de Filosofía y Letras.

—*Cuando Federico te dedica el poema «Dos lunas de tarde», en Canciones: «A Laurita, amiga de mi hermana»; ¿qué edad tenías?*

—Seis años y medio o siete.

—*¿Cómo recuerdas al Federico de tu infancia?*

—Como a un ser maravilloso que nos divertía. Jugaba con nosotras, como si fuéramos muñecas. Nos vestía de máscaras, nos subía en la mesa y nos hacía hacer de mariposas y cantábamos con él, acompañándonos al piano, porque hemos cantado mucho con Federico, siendo niñas. Y eso a él le encantaba. Yo a quien recordaba

era a Federico, no a Paco. Mi infancia y mi adolescencia, con catorce o quince años, para mí era Federico, la persona con quien yo me quedaba extasiada, porque el otro era un muchacho que ni nos miraba, ni nos hacía caso. Mientras que Federico jugaba con nosotras porque le divertía la idea de esas niñas a quien él podía manejar.

—*Otro recuerdo granadino es Manuel de Falla.*

—Los domingos por la tarde iba siempre con mis padres al carmenillo de don Manuel. Y con el gran don Manuel yo me veo muchas tardes sentada al piano con él. ¿Te imaginas a una niña tocando con Falla? Esto me gustaba con delirio, y él tenía conmigo una santa paciencia. Allí conocí a mucha gente, músicos, poetas, pintores, que sólo después tuve la dimensión de quienes eran.

—*Desde niña tú has vivido entre gentes y en circunstancias excepcionales. Pero en tu vida de niña tuviste también tu infierno. No ese infierno como castigo por el pecado, con el cual atemorizaron nuestra infancia...*

—Sí, mi infierno particular fue la Guardia Civil. Cuando mi padre se iba a hacer campaña por los pueblos mi madre y yo nos quedábamos solas. Nuestra casa estaba abierta a todo el que llegaba a pedir, a preguntar, a denunciar. Mi madre nunca tomó parte activa, en política, pero estuvo siempre al lado de mi padre. Como mi padre se convirtió en el símbolo de la lucha contra el caciquismo a partir de la revuelta popular en Granada, en 1919, contra el cacique La Chica recibimos amenazas, anónimas. Estos señores era muy poderosos...; había pueblos enteros que ellos dominaban, siempre teníamos el miedo a la Guardia Civil. Porque de pronto, a altas horas de la noche llamaban a la puerta. No sabíamos quién era. Podía ser la Guardia Civil que venía a por mi padre. Otras veces eran gentes de la sierra de Huéscar, en donde había los caciquillos más terribles: «Don Fernando que nos ha pegado, que nos han quitado la cosecha, que quieren que paguemos...». Mi padre se vestía, se ponía su capote, se montaba en la mula o el caballo y se iba con ellos. Y al día siguiente a presentarse en el Gobierno Civil a hacer una

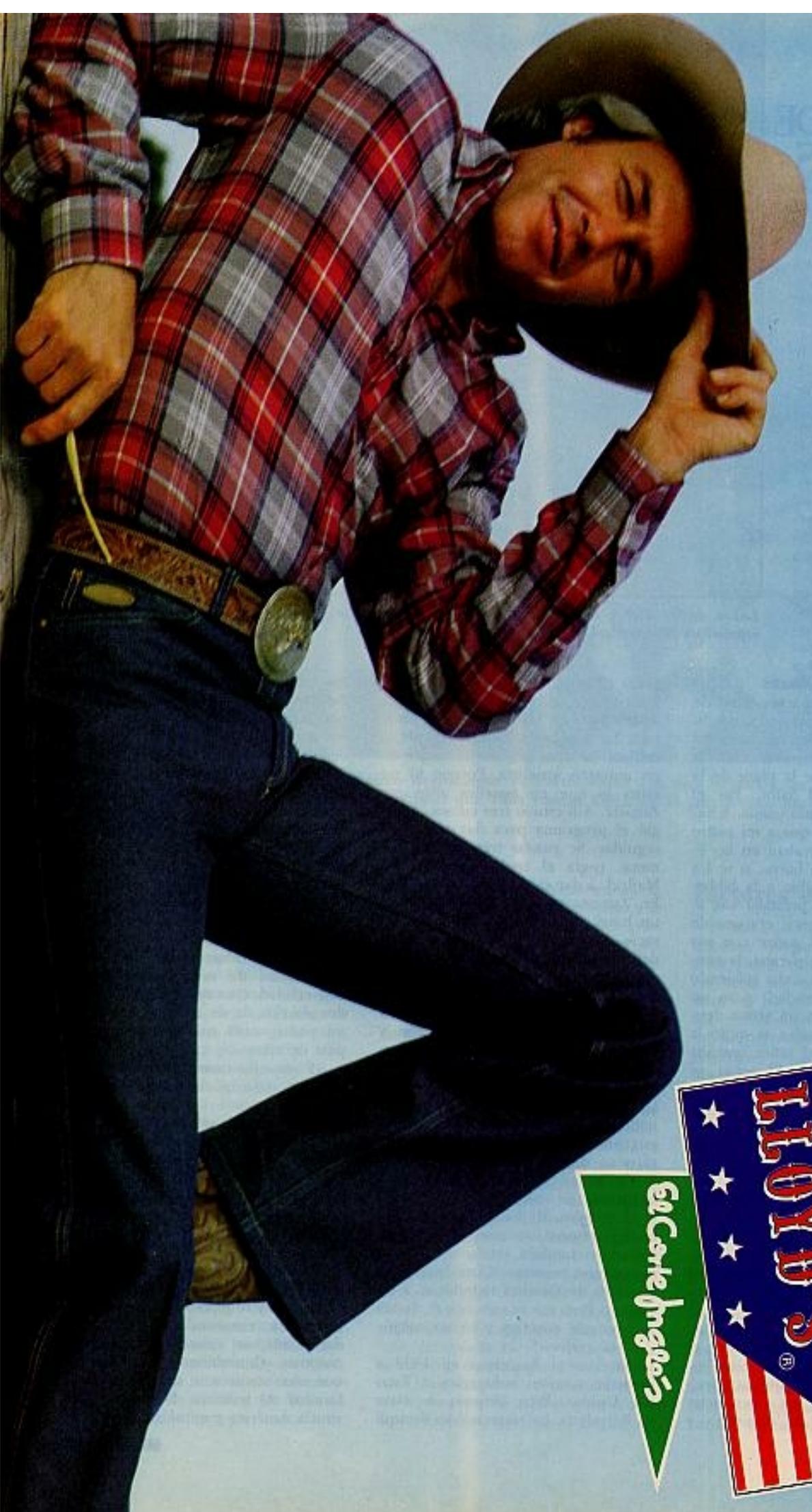
Doña Gloria Giner y don Fernando de los Rios, recién casados, en su casa de Granada.



UNA MAGGIORATA FURBERA IDEE SERRATE



Es Certe Ingegnari



LAURA DE LOS RÍOS

declaración, en defensa de aquellas gentes, o una denuncia o lo que hiciera falta. Con decirte que cómo sería mi infancia en este aspecto, que todavía, con los años que tengo, una de mis pesadillas es que llana a la puerta la Guardia Civil. El terror de pensar que a un hombre como a mi padre se le llevara la Guardia Civil. Y el oír por la calle a los niños decirme: «Tu padre es socialista», como un insulto. Y mi madre tan serena y fuerte en los momentos más duros. A mí me parecía que no temía a nada.

—En Granada tu padre fue una figura muy popular a todos los niveles. También por su parte distinguido vestido de chaqué y chistera, rodeado de estudiantes.

—Sí, él iba vestido así a sus clases de la Universidad. Cuando salía lo acompañaban sus alumnos hasta mi casa. Tenían que atravesar toda la ciudad, fíjate desde la plaza de la Universidad hasta El Salón. Por el camino se iban parando comían churros, higos chumbos, que a mi padre le entusiasmaban, entraban en las librerías al paso, veían libros, o se los recomendaban, los subía a la biblioteca de mi casa, les prestaba sus libros... La cultura general era una de las obsesiones de mi padre con sus alumnos. La gente lo paraba, le consultaba, le saludaba. Un día volviendo o yendo a la universidad, pasó un coche de caballos con un señor dentro. A su paso mi padre se quitó la chistera y saludó, y el señor que iba dentro, correspondió. El señor se puso furioso, «pero ¿por qué me saludas a mí este socialista?» Y el cochero, que iba en el pescante, le dijo respetuosamente: «No, señor, ha sido a mí a quien ha saludado, nos conocemos de la Casa del Pueblo.»

—En 1930 dejáis Granada y os instaláis en Madrid.

—Sí el curso 1930-31 es el primero de mi padre en la Universidad Central, en la Cátedra de Estudios Superiores en Ciencia Política y Derecho Político. Enseguida viene la República y a mi padre le nombran ministro de Justicia, en el Gobierno provisional y en el mes de diciembre de Instrucción Pública. Mi madre ante estos acontecimientos dijo: «Yo no voy a renunciar a mi carrera y a vivir de 'ministra', y



Laura de los Ríos y sus hijas: Gloria, pintora; Yaya, actriz y bailarina; y Lauri, profesora de español en Nueva York y actriz.

pidió el traslado. Pero, enemiga de favoritismos, no hace nada para que le den plaza en Madrid, sino donde le toca. La mandan a Zamora, donde la reciben de uñas por ser la mujer de un ministro socialista. Porque tú no sabes lo que en aquellos años era Zamora. Allí estuvo tres cursos. Arregló el programa para dar sus clases seguidas. Se pasaba tres días en Zamora, cogía el tren y se venía a Madrid, a dar clases en la Institución. En Zamora tenía una habitación en un hotel, no la trataba casi nadie, el vacío era absoluto, porque después del marido socialista, ella no iba a misa. Cuando por fin tuvo derecho a su cátedra en Madrid, vino la guerra. Nos cogió en Madrid. Como nuestra casa era un ático en Diego de León, y aquello era un horno, estábamos instaladas en la Residencia de Señoritas, que dirigía María de Maeztu. Isabel García Lorca y yo habíamos terminado en Madrid nuestros estudios y estábamos haciendo los cursillos para cátedra del Instituto de Granada. Precisamente el último examen que se llamaba de «colocación» lo teníamos el 18 de julio. Mi madre formaba parte del tribunal de unos cursillos de historia, y también estaba en la Residencia con nosotras. Cuando a fines de 1936 de Ginebra mandaron a mi padre a París nos fuimos con él, Isabel se vino con nosotras y ya no volvió.

—Y tú ¿volviste?

—Yo vine a Barcelona en 1938 a llevarme a niños refugiados a Estados Unidos. Pero después de estar en Barcelona, los responsables de aquí

no quisieron dejármelos, porque iba a ser una complicación con el mar por medio. Nosotros ya estábamos en Washington, donde mi padre era embajador de la República. Terminada la guerra nos fuimos a Nueva York, mi madre buscó trabajo y a mi padre le dieron una cátedra en una universidad que podríamos llamar libre, especial de Derecho Político e Internacional, en la New School, donde había mucha gente de Alemania, refugiados huidos de Hitler y de Mussolini. Mi padre fue el primer profesor español de esa universidad. En Nueva York empecé yo mi doctorado y mi madre daba clases de noche cerca de la Universidad. Con nosotros estaban las dos abuelas, la de mi madre y la de mi padre, cada una con ochenta y pico de años.

—¿Y cómo fue casarte con Paco García Lorca, si como tú dices nunca te había hecho caso?

—Es verdad. La vida tiene cosas muy raras. A mí no se me había ocurrido nunca pensar en Paco, nada más que como un amigo muy querido, y después de la desgracia de Federico, más querido todavía. Cuando nosotros dejamos París para irnos a Washington, vino a recoger a Isabel. El era diplomático en Bruselas. El año 38 le llamaron a filas y se presentó en el Ministerio y se pasó todo el año 38 en Barcelona, entonces Isabel, al quedarse sola, se vino a América con nosotros. ¿Con quién se iba a ir mejor que con nosotros, si era como de la familia? Al terminar la guerra Paco vino a América y entonces sí que fue

realmente el flechazo. Porque yo había tenido intenciones absurdas de casarme con un muchacho inglés, pero cuando volví a ver a Paco, me dije: Pero qué disparate, cómo voy a casarme con otro hombre. Y a él le pasó igual y nos hicimos novios y dos años y medio después nos casáramos, en 1942, en Middlebury, donde mi padre enseñaba. Después, Paco, fue director de esa universidad. Fueron testigos de nuestra boda Jorge Guillén, Pedro Salinas, Díez Canedo, Américo Castro, Joaquín Casaldueiro, fue una boda muy bonita. Estaban mis suegros, mis cuñadas, los sobrinos, ya estaban todos allí, ya se había reunido toda la familia, García Lorca.

—¿También os llevasteis a las dos abuelas?

—Claro. No podíamos dejarlas aquí, ni queríamos. En un principio vivimos solos, pero desde que mi padre enfermó yo no quise apartarme de él. Al acabar la segunda guerra mundial, mi padre fue a Inglaterra, creyendo que los laboristas iban a apoyar a la República en el exilio y a todas las fuerzas antifranquistas, y le dieron con la puerta en las narices, estaba claro que no pensaban hacer nada. Cuando mi padre regresó a Nueva York, al apearse del avión a mí me entró una llantina horrorosa y le decía a mi madre: Papá viene enfermo. Al poco tiempo, un día al escribir un artículo, mi madre y yo nos miramos... no podía con la pluma. Fue una cosa progresiva, una especie de arteriosclerosis, muy lenta de tipo sentimental. Le llevamos al mejor especialista, que resultó ser una bestia parda y le dijo: «Oiga usted, lo que tiene es difícil que se cure, pero se curaría si usted viviera menos sus preocupaciones...» Mi padre moría el 31 de mayo de 1949. Fue un golpe tremendo. Paco me ayudó mucho a remontarlo.



De izquierda a derecha, Laura de los Ríos, Francisco García Lorca y Gloria Giner.

—Fuisteis un matrimonio en el cual permaneció siempre el amor...

—Sí, yo tuve la suerte inmensa de casarme con Paco. Fue un ser excepcional, con mi madre, que vivía con nosotros, se llevaba divinamente, siempre estaban de acuerdo, la negativa era yo. Pero yo te digo, con todo lo que para mí era mi madre, que el que era extraordinario era Paco.

—¿Qué maravilla! Después de treinta y pico años de matrimonio. ¿Qué libros escribió tu madre?

—Fundamentalmente mi madre se dedicó a su cátedra. Tradujo mucho e hizo libros de textos y de lecturas escolares, que le publicaba la editorial Saturnino Calleja. Conservo uno de 1919: *Geografía. Aspectos de la naturaleza y la vida del hombre. Romances de los Ríos de España*, publicado en México, 1943. *Cuentos de las cosas*, un libro de cuentos para sus nietas, mis hijas, a quien adoraba, igual que ellas a su «Mamiyoya», como la llamaban. En colaboración hicimos *Cumbres de la*

civilización española, en 1955, para la Holt, Rinehart and Winston, Inc. libro de texto de bachillerato, del que se hicieron muchas ediciones. Mi madre trabajó más que yo. Digamos que la selección fue mía, pero el trabajo fue de ella, hecho con esa idea pedagógica institucionalista que llevaba en la sangre.

—¿Tú has publicado otras cosas, luego?

—Sí, pero no mucho. Algún libro de texto, como *Lengua viva y gramática*, en colaboración con Amelia Agostini del Río, Y, en 1965, la Revista de Occidente publicó *Los cuentos de Clarín*, mi tesis doctoral en el Barnard College de Columbia University.

—¿Dónde fuiste profesora? ¿te gustaba más recoger folklore y hacer teatro...?

—Recogí folklore con Federico de Onís e hice mucho teatro con mis alumnos. Nuestros clásicos; de Federico casi todo. De Pedro Salinas estrenamos *La fuente del Arcángel* y *La estratosfera*, estas piecitas luego se hicieron en Nueva York, también estrenamos alguna cosa de Paco...

Laura siempre llora al recordar a Paco. ■ A.R.



Escena de *La casa de Bernarda Alba*, representada en el Barnard College de la Universidad de Columbia (Nueva York), en la que intervinieron Carmen del Río, Margarita Urcelay, Laura de los Ríos, María Teresa Castroviejo y otras profesoras y alumnas de aquella institución.